

El «Cotejo de naciones» y la igualdad humana en Feijoo

por LUIS SANCHEZ AGESTA

Catedrático de la Universidad de Madrid

No es fácil hoy entender el valor histórico de la obra de Feijoo, en el doble sentido del significado que sus ideas tuvieron para sus contemporáneos y del sentido en que debemos comprenderlas. La principal dificultad está en Feijoo mismo; y es inútil ponderar ningún tema feijoniano, sin comprender previamente este hecho. Dicho en pocas palabras: la principal gracia de Feijoo no está tanto en sus temas como en su nueva forma de tratarlos o comprenderlos. Tal fue la razón de su éxito popular entre sus contemporáneos. Una cuestión tópica era presentada de repente con una sugestiva originalidad; un tema gastado adquiría nuevo brillo; un problema manido parecía que se escuchaba por primera vez. Y este efecto no era una incidencia o un acaso, sino un propósito deliberadamente querido y anunciado en el Prólogo al Lector, que precedió al primer volumen de su *Teatro Crítico*.

Pese a que nos hallamos ante un designio expreso, tengo para mí que el propio Feijoo no tuvo conciencia desde el primer momento de la trascendencia de su propia obra. Este valor no estribaba tanto en deshacer errores comunes, como en la forma poco común con que los per-

suadía de error. Feijoo sabía, sin duda, que había en él una actitud mental contrapuesta a la que estaba en uso en las aulas y en las disputas académicas, pero quizá no tuvo conciencia, al publicar su primer libro, de que era éste el mensaje que estaba llamado a ofrecer a los hombres de su tiempo. Me fundo, para hacer esta afirmación, en las disputas que mantuvo con sus críticos y que versan sobre puntos varios de erudición, valor de fuentes o certeza de hechos, pero no sobre el modo mismo en que se articula y desenvuelve su pensamiento.

Es cierto que, ya en el primer volumen de su *Teatro*, en el *Discurso sobre la Medicina*, contrapone a los médicos que fundaban su ciencia en sistemas a aquellos más advertidos que fueron a buscar su saber en la naturaleza en sí misma, fiándose de la experiencia sola (V, 21); y que a la hora de aconsejar en la elección de médico prefiere a aquel que se gobierna por la experiencia (V, 68). Pero no sin antes haber discutido, también, la dificultad de una observación fructuosa que pide «gran sabiduría, gran perspicacia y gran sinceridad, y estas prendas juntas no se hallan a cada paso». Sólo cuando habían ya pasado muchos años y se habían publicado varios volúmenes de su obra, escribió de propósito sobre el «gran magisterio de la experiencia». Por lo demás, tampoco sus múltiples detractores y contradictores adivinaron el valor de esta arma secreta de las guerras intelectuales del benedictino.

Porque ya es hora de decir que la novedad de los planteamientos de Feijoo estriba fundamentalmente en que somete a la prueba de la observación y de la experiencia los viejos temas polémicos sobre los que hay sentados errores comunes, bien en el juicio crédulo del pueblo, bien en el saber del vulgo de los doctores.

Feijoo no recata su admiración por los nuevos métodos científicos de la ciencia experimental británica del siglo xvii, e incluso por la nación inglesa, aventajada en este uso de la experiencia, y es a su manera un aprendiz de esa observación perspicaz y sincera que culmina en el experimento como prueba que puede indefinidamente ser renovada y observada por otros. Desde sus primeros escritos, la observación de hechos para contradecir los juicios comunes es una técnica espontánea y habitual en la pluma de Feijoo. El error de concepto es rebatido y confundido con el testimonio de la naturaleza y la prueba de la experiencia. Una experiencia «perspicaz» y «sincera», porque su razonamiento muchas veces va encaminado a deshacer la falsa o superficial observación de una apariencia que podría dar una equivocada indicación del valor de los hechos. Por eso, sus más curiosos y populares escritos de los primeros tomos del *Teatro Crítico* fueron aquellos en que, aduciendo

hechos con un nuevo sentido, o explicándolos, combatía la astrología judiciaria, la medicina dogmática o las artes adivinatorias. Las predicciones meteorológicas, por ejemplo, sólo están bien fundadas cuando se apoyan en aquellas señales naturales que comúnmente preceden a determinados efectos con probada reiteración. La experiencia, nos advierte Feijoo (Teatro, II, 3, 43), por lo común es madre del acierto, pero es muchas veces causa del error. El examen de los hechos puede deshacer las preocupaciones más arraigadas en el común juicio del vulgo o de los doctos, cuando es esa experiencia «perspicaz y sincera» que penetra las apariencias. Y así Feijoo puede darse el gusto de deshacer en un campo propicio, el de la Historia Natural, múltiples testimonios fabulosos. Son hechos contra hechos, que deshacen conclusiones apresuradas o mal fundadas; y a veces el propio Feijoo se adelanta a un primer plano para alegar su propia experiencia, que contradice las virtudes o cualidades maravillosas de un animal o planta a cuyo favor se alega algún testimonio vago y legendario. Las pruebas tienen en su pluma una simpática gracia: la culebra no tiene antipatía con el fresno, y Feijoo aduce testigo fidedigno, que por sí propio hizo la experiencia y la vio abrigarse y esconderse en las ramas de este árbol al acosarla con un fuego; los animales ponzoñosos en la mordedura no lo son tomados en comida, y Feijoo aduce el testimonio de un boticario amigo, cuyo perro devoró los escorpiones que aquél guardaba en un perol de aceite, y le hicieron muy buen provecho; no es cierto que el cisne canta cuando va a morir, porque un sujeto fidedigno le aseguró que en el Real Sitio de San Ildefonso se había hecho con los cisnes moribundos esta observación, y nadie les oyó despegar el pico; no es cierto que el oro no ocupe lugar en el agua, y Feijoo aclara que lo experimentó por sí mismo y da consejos a quienes quieran repetir la experiencia.

Que aplicara a las ciencias naturales y a los fenómenos de la naturaleza este nuevo enfoque de los problemas, nos parece hoy lógico. Incluso comprendemos que más tarde asumiera la tarea ingrata y delicada de desvelar el carácter natural de muchos fenómenos que el vulgo consideraba como milagrosos; aunque fuera misión esforzada, no era, en fin de cuentas, sino un deslinde del ámbito de lo natural y lo que quedaba fuera de la naturaleza. Lo que nos sorprende, en cambio, es que proyectara el mismo estilo de pensamiento para deslindar verdades en el campo del conocimiento del hombre y de la vida social.

Entendámonos. No es que Feijoo siga la línea —en cierta manera, tradicional— de deducir normas de conducta de la experiencia histórica. Precisamente, Feijoo condena la literatura política del siglo xvii que

dirigía consejos al príncipe, como enseñanza de la historia misma, o de una selección de casos históricos acomodados a diversas circunstancias y eventos. Para Feijoo, estas circunstancias son tan variables, que apenas aprovechará esa experiencia en ningún caso. Los libros que enseñan la política por conclusiones, empresas o aforismos —dice Feijoo— sólo contienen unas reglas generales que cualquier hombre de buen entendimiento alcanza sin verlas en el libro, o admiten tantas limitaciones en los casos particulares, que vienen a ser absolutamente inútiles (*Teatro*, V, 10).

No es fácil explicar la forma en que Feijoo se enfrenta con estos problemas. Más que un método o un planteamiento, es respuesta de un temperamento. En este caso, como en tantos otros, es más fácil exponer un ejemplo que explicar un procedimiento. Por eso queremos en estas cuartillas analizar cómo procedió Feijoo en el examen de un problema que aún tiene actualidad para nosotros. La igualdad de los hombres es para Feijoo, profesor de Teología, un problema empírico, que debe fundarse en la observación depurada, que sepa penetrar más allá de la apariencia de los fenómenos en que el vulgo funda su error. El planteamiento, método, o *approach*, como dicen los anglosajones, de Feijoo es ejemplar. Hay que considerar los hechos, todos los hechos, y sobre esta observación fundar una interpretación coherente.

Es manifiesto, para Feijoo, que en unos países son los hombres más corpulentos, o más ágiles, o más fuertes, sanos y hermosos, que en otras tierras. Incluso en naciones vecinas se nota esta diferencia. Feijoo acepta el hecho y sus consecuencias. A las distintas disposiciones del cuerpo se siguen distintas inclinaciones, y de distintas inclinaciones, distintas costumbres. Y, aunque el albedrío pueda detener el ímpetu de las inclinaciones, Feijoo concede que es harto común en los hombres que su voluntad siga aquel movimiento que procede de su disposición interior (*Teatro*, II, 15, 1-3).

En los más varios pasajes de su obra hay una reiterada referencia a la fuerza de los hábitos que nacen de la conformidad de las condiciones de la naturaleza con el temperamento de los hombres. Aún más, la fuerza de la costumbre hace no sólo soportables, sino dulces y gratas, las mayores asperezas. Los ejemplos en que se funda esta experiencia se acumulan en la pluma de Feijoo: los pueblos septentrionales se regalan con la carne del oso y del lobo; los tártaros, con la del caballo; los árabes, con la del camello, y los habitantes de Guinea y los chinos, con la del perro. Los lapones, nacidos entre nieves, viven gustosos entre nieves, mientras nosotros no podemos sufrir el frío de las regiones po-

lares. Incluso cita como ejemplo límite de la fuerza del hábito el que las mujeres moscovitas no viven contentas, si sus maridos no las están apaleando cada día, y lo tienen por prueba señalada de cariño y predilección (*Teatro*, III, 10, 5-13). Hay, por consiguiente, diferencias de costumbres, fundadas en hábitos que nacen del temperamento y de su acomodación a un medio geográfico, que distinguen a unos hombres de otros y son base de las diferencias nacionales.

Feijoo tiene conciencia de que a veces hay usos sociales que no arrancan del hábito, ni de supuestas congruencias entre la naturaleza y el temperamento, y ni aun siquiera de un progresivo refinamiento del gusto o de una mayor delicadeza en el genio inventivo de los hombres. No más allá que en el volumen segundo de su *Teatro Crítico*, esbozó una teoría de la moda, como raíz de los nuevos usos, llena de sugestiva gracia. La esencia de la moda es, para Feijoo, el ser una relativa novedad; no agrada —dice— la moda nueva por mejor, sino por nueva. El gusto mismo no manda en la moda, sino la moda en el gusto. Este imperio de la moda como cambio continuo e innovación de usos, advierte Feijoo que traspasa el límite de las formas sociales ligeras, para entrar en el de los saberes, en la constitución misma de la naturaleza y en las formas del cuerpo (ojos negros, piernas carnosas), y aun extiende su jurisdicción al imperio de la gracia. «La devoción —constata— es una de las cosas en que más entra la moda. Hay oraciones de la moda, libros espirituales de la moda, ejercicios de la moda, y aun hay para la invocación Santos de moda» (*Teatro*, II, 6, 22). La moda, hija menor de la costumbre, es propia de cada pueblo y se transfiere como aquélla en un tráfico de costumbres que exigiría quizás una aduana de usos entre los pueblos (*Teatro*, II, 6, 28). Porque en cierta manera estos usos, como su hermana mayor la costumbre, son un ingrediente del patrimonio de las naciones.

Las lenguas son otro signo patente de las diferencias nacionales. Los españoles muy afectos a las cosas nacionales y que miran con desdén a las demás naciones, advierte Feijoo, sienten repulsión por su idioma en la misma medida en que abominan sus costumbres; aquellos que miran con admiración todas las cosas de las otras naciones, ponderan los hechizos de otras lenguas, exaltan sus primores y, «no pudiendo —dice— sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él salpican la conversación, aun cuando hablan en castellano». Feijoo siente tan vinculado el idioma a la nación, que considera la conservación del idioma patrio como uno de los distintivos de la independencia nacional, hasta tal punto, anota, que la introducción de una lengua extranjera es signo indeleble de haber sido vencida la nación a quien se despojó de su antiguo idioma. «Primero se quita a

un reino la libertad que el idioma. Aun cuando se cede a la fuerza de las armas, lo último que se conquista son lenguas y corazones» (*Teatro*, I, 15, 24).

Una cuarta diferencia halla como comúnmente aceptada: los hombres de diversas naciones son desiguales, no sólo en su cuerpo físico, en su temperamento y en sus costumbres, sino también en su razón. Este juicio no es sólo patrimonio del pueblo inculto, sino que en «los escritos de los hombres más sabios —nos dice el benedictino— se ve notar tal nación de silvestre; aquélla, de estúpida; la otra, de bárbara, de modo que, llegando al cotejo de una de estas naciones con alguna de las que se tienen por cultas, se concibe entre sus habitantes poco menor desigualdad que la que hay entre hombres y fieras» (*Teatro*, II, 15, 4).

Feijoo rechaza esta afirmación como un error común: en lo sustancial no hay desigualdad entre unas naciones y otras en orden al uso del discurso, y la tesis en que se apoya la igualdad de la especie humana en todos los pueblos (con una leve alusión a su condición trascendente de hijos del mismo Padre) va a ser demostrada con la experiencia de esta igualdad sustancial de todos los hombres en aquello que constituye su esencia humana: la capacidad racional. Los hombres de diversas naciones difieren en el cuerpo, en las costumbres, en la lengua, pero son iguales por su razón.

El método de Feijoo es mencionar nombres ilustres en las ciencias, las letras o las artes, o incluso en alguna especial habilidad que requiere el uso de la inteligencia, en diversas naciones de los varios continentes. Así quedará demostrado, con datos de experiencia, que todas las naciones pueden ofrecer en sus hombres una igual aptitud para los frutos de la inteligencia. Con el mismo método había probado ya, en el tomo I de su *Teatro Crítico*, la igualdad del varón y la mujer.

La ojeada inicial a los pueblos de Europa comprende a Alemania, Holanda y Rusia. Por Alemania, cuyos ingenios eran tachados de tardos y groseros, dan testimonio Rabano Mauro, San Alberto, el Cardenal Baronio y el Barón de Leibnitz, para el que apenas hubo ciencia en la que no fuera eminentísimo; por Holanda, cuyos hombres fueron proverbialmente torpes para los escritores latinos, Guillermo de Nassau, Erasmo, Grocio y Huyges; por Rusia, cuyos hombres no tenían para los europeos sino la figura de hombres, el renacimiento de las ciencias y las artes impulsado por el zar Pedro. En otro pasaje, Feijoo testimoniará contra la leyenda negra española a lo largo de un centenar de páginas. No sólo es importante el testimonio y la forma de la prueba, sino la

consecuencia que el benedictino deduce de ella. Los ejemplos están tomados de la historia de los pueblos; las ciencias y el ingenio de cada nación han florecido en tiempos diversos. Hay, por consiguiente, niveles distintos en distintos tiempos. Pero el desnivel de un pueblo en las ciencias, las letras o las artes no aduce incapacidad nativa de los miembros de una nación, sino defecto histórico, transitorio, por defecto de «aplicación» y falta de cultura, puesto que los miembros de esa nación alcanzaron en otros momentos niveles diversos.

Cuando la mirada de Feijoo, en el primer tercio del siglo XVIII, se dirige desde Europa hacia Asia, Africa y América, la prueba es más arriesgada y difícil, pero por ello mismo más sugestiva. «En saliendo de Europa —dice el mismo Feijoo—, todo se nos figura barbarie.» Y, sin embargo, el benedictino opone a este juicio común, y en apariencia evidente, que ninguna de las naciones de fuera de Europa deja de lograr tantas ventajas en aquello a que se aplica, como los europeos en sus propios saberes. La anécdota de los testimonios aducidos para mostrar la igual capacidad intelectual de los turcos, persas, indios o chinos, es singularmente curiosa. No sólo hay en Constantinopla y en El Cairo profesores que enseñan filosofía y matemática, sino que son hábiles en la política y primorosos en las habilidades manuales y en los ejercicios del cuerpo. Magníficos pendolistas, que hacen ocioso el arte de la imprenta, ágiles volatineros, diestros arqueros, y hasta admirables envenenadores, pues también el talento en la perversidad es para Feijoo testimonio de una natural capacidad que se hace hábil en la actividad a que se «aplica». Los portugueses que primero desembarcaron en las costas de la India pudieron, quizá con razón, pensar que tenían una superioridad natural sobre los indígenas, pero pronto pudieron comprobar que eran, incluso, más vivos de ingenio que los propios españoles y portugueses. Los chinos, recién descubiertos a la curiosidad europea por los informes y relatos de los misioneros, son para Feijoo un testimonio apasionante de esta capacidad para alumbrar frutos del ingenio en las tierras y climas más diversos. El gobierno chino excede a las demás naciones en su cuidado por la paz; los sabios son tenidos en singular estimación; los chinos conocieron, antes que los europeos, la imprenta, la pólvora y la brújula, y, sobre todo (capítulo a que el benedictino es especialmente sensible), exceden a los europeos en el conocimiento y uso de la Medicina. La anécdota personal de un relato del Obispo de Oviedo, que en otro tiempo residió en Filipinas y fue tratado por un médico chino, se adelanta a un primer plano con ese gusto por el dato directo, humano y un poco irónico del benedictino. No sólo es notable la ciencia médica en China, sino la relación entre el médico y el enfermo.

Si el enfermo no convalece con los medicamentos que prepara el propio médico chino, éste pierde su trabajo y el coste de los medicamentos. El enfermo, comenta Feijoo, paga la curación cuando sana; el médico, su impericia, cuando no le cura.

En Africa, el testimonio es obligadamente histórico: allí nacieron Cipriano, Tertuliano y Agustín; en aquella tierra se fundó el imperio de Cartago. El cielo y el suelo —dice Feijoo— son ahora los mismos y, por tanto, capaces de producir iguales genios. La falta actual de cultura no es vicio del clima, «sino de su inaplicación». Sobre América, Feijoo acumula los testimonios de misioneros e historiadores, para negar el juicio, por lo visto aún común en esas fechas, de una incapacidad de los naturales para el uso de la inteligencia. Pruebas de su ingenio y habilidad, y graciosas interpretaciones de costumbres más razonables que las de los pueblos civilizados, esmaltan la demostración de que aquellos naturales «son de la misma especie que los españoles e hijos del mismo Padre». A la conclusión final precede el delicado examen de las diferencias religiosas entre los pueblos, explicadas en parte por la adoración de un mismo principio en sus efectos, proponiendo a la adoración objetos sensibles para fijar el espíritu.

No se puede, pues, con justicia enjuiciar a ninguna nación como bárbara. Minerva anda peregrina por la tierra y las diferencias de nivel cultural son un hecho histórico, explicable por las diferencias de «aplicación» entre los pueblos. Feijoo concluye con una paradójica confesión de su preferencia por el ingenio inglés, preferencia cuyas razones apenas precisan ser expuestas. «Sin temeridad se puede decir —nos confiesa— que cuanto de un siglo a esta parte se adelantó en física, todo se debe al Canciller Bacon. Este rompió las estrechas márgenes en que hasta su tiempo estuvo estrechada la filosofía...» Pero también debe añadirse que esta preferencia no se concede tanto a una mayor viveza natural como a la «aplicación» de los estudiosos ingleses desde el Renacimiento a la Ilustración.

Y así, cuando vuelve de nuevo sobre el tema, cuatro lustros más tarde, en los últimos años de su vida, y aunque ahora suma al catálogo de los ingenios ingleses el nombre de Newton, a quien considera más profundo y original que Bacon y Boyle, mantiene la razón alegada de una mayor «aplicación» de la nación inglesa. El testimonio de los pueblos que fueron gloria de la sabiduría humana, como los griegos, y a quienes en su tiempo se reputa de bárbaros; o, inversamente, la existencia de pueblos que se han recuperado de un estado de ignorancia y rudeza, como los rusos, le hace pensar que las ciencias, por diversas circuns-

tancias, ruedan de unos países a otros. La superioridad actual que acepta en la nación inglesa, la explica históricamente por la difusión del conocimiento de las artes y las ciencias entre los ingleses, por la existencia de numerosas y excelentes bibliotecas y por el mismo carácter intrépido y resuelto del genio inglés, que contribuye mucho al crédito y esplendor de sus ingenios. Es más fácil hallar, dice, cuatro ingenios sobresalientes donde hay cuatro mil que se apliquen, que donde hay sólo dos mil; sin contar con que el ingenio animoso y audaz tiene muchos puntos de ventaja para el lucimiento sobre el tímido. En las empresas científicas, como en las empresas militares, el valor concurre con el entendimiento. A estas razones generales suma su personal experiencia en la orden benedictina, en que se está tomando día por día la medida a los talentos de sus individuos para conferirles empleos literarios, y, aunque muchas veces tuvo presente en este examen de ingenios el cotejo de los que pertenecían a diversas naciones, nunca reconoció ventaja alguna de una nación sobre otras.

La conclusión definitiva de Feijoo en estas fechas de mediados del siglo XVIII, cuando ha cumplido ya los setenta años, es que todas las naciones, aunque haya entre ellas diferencias de costumbres y aun de temperamento, tienen sustancialmente una igual capacidad. Se confunde el ingenio con la ciencia y la rudeza con la ignorancia. Donde no hay estudios, ni públicos, ni particulares, como en África y América, y falta toda cultura, se denuncia como rudeza lo que es sólo defecto de aplicación o falta de posibilidades; donde hay socorro de todo género de literatura y enseñanza, sus naturales son reputados como hábiles (*Cartas*, IV, 3).

Inevitablemente está vinculado a este tema el gran problema ya barruntado en los escritores del siglo XVII de una decadencia española. Feijoo ha recogido el hecho cuatro lustros antes con toda su brutal crudeza. Los extranjeros enjuician a España como un país semiafricano y «apenas —dice— nos distinguen de aquellos bárbaros, sino en idioma y religión». Esta es una opinión del vulgo, un «error común», que no es para el benedictino sino una equivocación grosera en que se confunde «el defecto de habilidad con la falta de aplicación; la posibilidad, con el hecho» (*Teatro*, IV, 14, 2). Dos largos Discursos, con más de un centenar de páginas, dedicó el benedictino a catalogar los ejemplos excelsos de virtud y capacidad de los españoles en todas sus facetas, y muy especialmente en la capacidad de su inteligencia y en su aptitud para las ciencias. A la vista de estos testimonios históricos, se puede considerar a la nación española superior a todas las demás, o, por lo menos, no

inferior a otra alguna, «ya en el valor y manejo de las armas, ya en el amor de la Patria, ya en el celo de la religión, ya en la humanidad y ya en lealtad, ya en nobleza de ánimo», ya en habilidad intelectual en todo género de materias. Pero también aquí el testimonio es histórico. Su asunto es mostrar «a la España moderna la España antigua; a los españoles que viven hoy, la gloria de sus progenitores; a los hijos, el mérito de los padres» (*Teatro*, IV, 13, 2). Porque Feijoo sabe y lo analizará en una Carta separada que la España de su tiempo padece «un atraso» y que hay «cortísimos progresos» en las ciencias físicas y matemáticas o más generalmente en las que llama ciencias naturales, que son para el benedictino el signo del progreso del siglo (*Cartas*, II, 16).

La proyección concreta sobre este tema de la conclusión de Feijoo es estimulante y optimista. Dé lección un siglo a otro, escribe en las primeras páginas de su alegato histórico. «En el mismo clima vivimos, de las mismas influencias gozamos que nuestros antepasados.» Hay en nosotros la misma naturaleza, la misma índole, iguales fuerzas. Falta la aplicación y el ardimiento que estorba «un celo, pío, pero indiscreto y mal fundado», y la «preocupación que reina en España contra toda novedad».

Esta afirmación tiene, claro está, un valor directo para enjuiciar la crítica reformadora que Feijoo se propuso. Pero ahora nos interesa como un especial testimonio de su planteamiento del tema de la igualdad sustancial de los hombres y la diferencia histórica de las naciones. El tema de la nación queda así planteado en este sugestivo nivel del siglo XVIII, antes de que se enunciaran los principios de la soberanía y de la independencia nacional y aún más especialmente el principio de las nacionalidades, como una diferencia histórica, no sustancial, fundada en usos y costumbres congruentes con un lugar geográfico determinado, una dudosa diferencia de temperamento unida a patentes diferencias físicas en la complexión de los hombres de diversas naciones y una diversidad de lenguas, que desde una inicial corrupción de lenguas matrices ha evolucionado hasta formar nuevos lenguajes que las naciones identifican con su propia individualidad. Implícitamente hay aceptada otra diferencia histórica en Feijoo: las diferencias de cultura que explican ese desnivel de los diversos pueblos en el dominio de las ciencias y de las artes, y las diferencias de poder y esfuerzo, que condicionan el significado mismo de una cultura. «Minerva —dice Feijoo— anda peregrina por la tierra, según el impulso que le dan las violentas agitaciones de Marte.» Y en la Ilustración apologética con que completó el *Teatro Crítico*, reconoce esta diferencia cultural: «Yo no niego, antes paladina-

mente concedo, mucha desigualdad entre varias naciones por la cultura de unas y la falta de cultura de otras» (XXX, 2). El término cultura no tiene aquí, claro está, el valor estricto que hoy le atribuimos, pero supone un cultivo histórico de las ciencias y las artes que define el nivel de un pueblo.

El tema nos lleva así a algo que no está expresamente dicho en Feijoo, pero que es en cierta manera un presupuesto de su pensamiento: las naciones son entidades históricas, ciertamente, formadas en la historia, por la «aplicación» de los hombres, por la expresión de un temperamento, por su acomodación a un medio geográfico, por su fijación en costumbres y en lengua. Pero también por una continuidad de vida que define una cultura y una historia de la que son conscientes los hombres, y que se proyecta, como en los propios Discursos de Feijoo sobre las glorias de España, como lección de un siglo a otro siglo, como un ser tejido en el tiempo, que proyecta el pasado sobre el futuro y en que hoy prepara el mañana sobre las lecciones de ayer. La vanidad y gloria colectiva de los hechos pasados funda la identidad de la nación como un ser común en el tiempo de hombres que conviven en un mismo espacio, bajo la coyunda de unas mismas leyes.

Aunque Feijoo mencione como excelso aquel apotegma de muchos sabios gentiles, para quienes todo el mundo es Patria, llora el descuido presente de España, porque el descuido de España le duele, en cuanto se siente identificado con una comunidad de hombres que es un destino común en la historia, obra de la acción misteriosa de la Fortuna, pero obra también de la mano de los hombres que suplen con su aplicación sus defectos de habilidad y saber.

La tesis histórica optimista de Feijoo presupone que todos los pueblos pueden alcanzar los mismos niveles en la medida en que el socorro de su aplicación hace florecer las aptitudes y habilidades de su igual naturaleza. La curiosidad de Feijoo recoge en estas fechas las noticias de las culturas de los pueblos asiáticos como posibilidades de una cultura no europea, y las de los pueblos americanos, como posibilidades de una educación de nuevas naciones en el saber de las ciencias y las artes de Europa. Sería ingenuo decir que hubo en Feijoo una conciencia de una humanidad en que todos los pueblos tenían conciencia de su igualdad de naturaleza y de la igualdad de sus derechos. Pero la tesis esencial que lleva a esta conclusión está dibujada sobre el cañamazo en que su curioso espíritu observador tejió este sugestivo cotejo de naciones para probar la esencial igualdad de todos los hombres en los dones de su inteligencia.

Lo que iba a ser en el siglo XIX el misterio o el milagro romántico de las nacionalidades, a través de los principios de soberanía nacional, autodeterminación e independencia de las nacionalidades, esto es, la proyección política de la naciones, está ausente de la pluma de Feijoo y no incurriremos en el anacronismo de subrayarlo. Si lo mencionamos, es porque hay en su pluma, al filo de este tema, algunas agudas observaciones que, si no son un presentimiento, tienen hoy, a la vuelta de dos siglos, una cierta actualidad.

El amor de la nación, el agrado de comunicarnos con quienes tienen las mismas costumbres, idioma, religión y leyes, la deuda, incluso, que nos vincula al rincón de la tierra en que hemos nacido y aún más especialmente a aquella sociedad en que vivimos y en que bajo un mismo gobierno civil estamos unidos con la coyunda de las mismas leyes —dice Feijoo—, puede transformarse en una pasión desordenada: la pasión nacional. Los afectados de esta pasión creen que sólo en su nación hay hombres sabios, que sólo sus costumbres son racionales, que sólo su lenguaje es dulce y tratable, que sólo su región abunda en riqueza y sólo su príncipe es poderoso. La pasión nacional de Feijoo es un primer esbozo de lo que más tarde ha de ser el nacionalismo.

Decimos, con vacilación, que es un tema sólo presentido en la pluma de Feijoo, porque la consecuencia más viva que de él se deduce es que esta pasión nacional, hija legítima de la vanidad y de la emulación, que nos induce a estimar a nuestra nación superior a todas y a abatir las extrañas, ha llenado, según Feijoo, el mundo de mentiras, falseando la historia. «Cuando se interesa la gloria de la nación propia —escribe Feijoo—, apenas se halla un historiador cabalmente sincero.» Los sucesos se colorean en tal forma que agraden a los nacionales y se imita el artificio de Apeles con el rey Antígono, cuyo rostro ladeó para ocultar que era tuerto, esto es, se relatan los hechos por la parte que son favorables y se ocultan por donde son adversos. El benedictino subraya incluso que la animosidad de las guerras se proyecta sobre las historias, y, cuando entre dos naciones, como España y Francia, hay muchas guerras, se proyecta sobre las historias la discordia de los ánimos, repitiéndose nuevas guerras en los escritos, porque las plumas siguen el ímpetu de los aceros.

El problema, sobre esos datos, de una superioridad de unas naciones sobre otras y de una historia escrita por plumas en las que se proyecta el ímpetu de los aceros, conserva aún hoy una viva actualidad, porque el nacionalismo se ha transformado, pero sigue siendo un factor dominante de la historia política contemporánea. El nacionalismo del siglo

XIX fue en su esencia un nacionalismo *européo*, asentado sobre una superioridad indiscutida de Europa, que configuraba un universo centrado en ese continente y que era en cierta manera resonancia de los impulsos, saberes y querellas de las naciones europeas. En el siglo XX ese nacionalismo ha sufrido una transformación expansiva que arranca, sin embargo, de los mismos datos. Las grandes naciones, como superpotencias, se han disputado la hegemonía del mundo, y las pequeñas han afirmado su igual derecho a una autodeterminación y a una participación en el gobierno de la comunidad de los pueblos.

Sobre esa base el planteamiento de Feijoo tiene una patente actualidad. El problema político de nuestro tiempo se enfoca inadecuadamente cuando se quiere negar la realidad histórica de las naciones para afirmar la existencia de entidades políticas supernacionales. Lo que sí hay que distinguir es la realidad histórica de las naciones como comunidades homogéneas que comparten un destino histórico y el nacionalismo, como pasión nacional que afirma una superioridad de la nación y quiere deducir de esa superioridad una hegemonía. La apreciación serena y realista de Feijoo de las diferencias nacionales como un fenómeno histórico transeúnte, sobre el fondo de una igualdad sustancial de todos los hombres por su capacidad racional, da al tema una perspectiva que tiene validez para nuestro tiempo.

Feijoo ha sabido ponderar, en gran parte por su aproximación empírica al tema, los elementos comunes y los elementos diferenciales de una humanidad articulada en naciones. La igual capacidad intelectual está matizada por diferencias históricas de evolución de las diversas naciones y por la acomodación de un temperamento a un medio ambiente. En esta observación realista, el hombre está comprendido como diverso, sobre un espacio y un tiempo concreto, pero con una igual capacidad intelectual que también testimonia la experiencia. Los hombres son iguales y son diversos. Iguales en su esencia racional, que se diversifica históricamente.

El gran problema de nuestro tiempo no es discutir las diferencias nacionales para construir organismos supranacionales, ni desconocer los diversos niveles de cultura y el progreso de las diversas naciones, ni aun crear ciudadanos del mundo. Las naciones, hoy, como en el siglo XVIII, continúan siendo realidades históricas que sobre la igualdad sustancial de todos los hombres definen grupos homogéneos por su naturaleza, el espacio que habitan, sus costumbres, su lengua, su cultura, sus tareas históricas en el pasado y el futuro y la conciencia de esa historia común. Pero junto a esta diferenciación histórica, la fe opti-

mista en la capacidad natural de todos los pueblos para las tareas del espíritu es el eje de una comunidad de todos los hombres por encima de las diferencias nacionales. Y el reconocimiento de esa igualdad sustancial es el fundamento de una solidaridad de todos los hombres, respetuosa con sus características nacionales, pero asentada en la igualdad de derechos de todos los hombres y de todos los pueblos.

Tal es, en suma, el mensaje de la encíclica de Juan XXIII al pedir una comunidad de todos los pueblos, asentada en un bien común de la humanidad y en el reconocimiento de la igualdad de derechos de todos los hombres, pero orgánicamente establecida sobre el principio de función subsidiaria que respeta en cada nación su capacidad para realizar por sí misma las tareas a que está llamada.